

EL DESEO DE LA SANTIDAD EN SANTA TERESA DE LOS ANDES

"Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo" (Lev 19,2)

Autor: Pedro Sergio Donoso Brant

www.santateresadelosandes.cl

La santidad no es un privilegio reservado a unas pocas personas

Cuando leo la vida que llevó Teresa de los Andes, o la misma Teresa de Jesús, me doy cuenta como estas santas mujeres han tenido una vida característica de cualquier chiquilla y que no por eso se distraen de su amor a Jesús. Tanto en su vida en el Monasterio, como monja de claustro y su vida en el mundo, Teresa de Los Andes no se evadirá y escapará de una vida peculiar como quizás nos habríamos puesto a pensar de una santa como ella, es decir, su vida la hace con exquisita naturalidad.

“¿Quién subirá al monte del Señor?, ¿Quién podrá estar en su recinto santo?, El de manos limpias y puro corazón, el que a la vanidad no lleva su alma, ni con engaño jura”.¹

Para llegar a ser santo, y así de este modo llegar en su momento al Cielo, “al monte del Señor”, solo se debe tener una determinación muy decidida para lograrlo. Con esto, no quiero decir, que para llegar a la santidad sea una cosa imposible, recordemos que todos los que han llegado a tener el honor para ser llamado santos, todos fueron personas muy normales. Por otra parte, no hay que realizar grandes cosas, pueden ser a veces pequeñas, lo importante es que se hagan con amor, como las hizo también Teresa de Lisieux, Santa Isabel de la Trinidad y Teresa de los Andes, que tuvieron la disposición de dejar que Dios actuara en ellas.

En la amistad con Dios y unidos a EL, se llega a la santidad, un aforismo de Santa Isabel de la Trinidad dice: “Vivamos con Dios como con un amigo, tengamos una fe viva para estar en todo unidos a Dios” (H, 576). Teresa de Jesús, define la oración como el tratar de amistad con quien sabemos nos ama, es decir, no es otra cosa que hablar con Dios como un amigo habla con el amigo de corazón a corazón, eso, ya es una buena forma de santidad. Si tenemos diálogos íntimos y de amistad en forma permanente, seremos capaces de enfrentar con mucha paz desconocidos desafíos que se nos presentarán en la vida sin temor, ya que, en las manos de Dios, todo lo bueno es posible y siempre el, nos tenderá una mano para sacarnos de las dificultades. Como le sucedió a Pedro, que viendo la violencia del viento, mientras navegaban por agua turbulentas, le entró miedo y, como comenzara a hundirse, gritó: “¡Señor, sálvame! Al punto Jesús, tendiendo la mano, le agarró y le dice: Hombre de poca

¹ Salmo 24, 3-4

fe, ¿por qué dudaste? Y ante eso luego se postraron ante Jesús diciendo: “Verdaderamente eres Hijo de Dios”.²

En las palabras de San Pablo a los Tesalonicense, encontramos muchas recomendaciones para la santidad, como por ejemplo: “En cuanto a vosotros, que el Señor os haga progresar y sobreabundar en el amor de unos con otros, y en el amor para con todos, como es nuestro amor para con vosotros, para que se consoliden vuestros corazones con santidad irrepachable ante Dios, nuestro Padre, en la Venida de nuestro Señor Jesucristo, con todos sus santos”³ Y más adelante agrega. “Porque esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación” “que cada uno de vosotros sepa poseer su cuerpo con santidad y honor” “pues no nos llamó Dios a la impureza, sino a la santidad”⁴

A veces pensamos que la santidad es un privilegio que solo está reservado a unas pocas personas, que son muy especiales y elegidos para ser santos, pero lo que debemos comprender, es que el camino hacia la santidad está abierto para que transiten todos los que por el quieren caminar, por ende, es una elección y una tarea de cada uno de los que se saben hijos de Dios, de cada uno de los que se denominan cristianos. Por tanto, todos estamos llamados a la santidad, y esto no es otra cosa, que vivir en el mundo que nos ha correspondido, como hijos de Dios. Y como todas las personas somos hijos de Dios, todos tenemos que llegar a ser santos, a pesar de que los caminos no nos resulten fáciles y cómodos.

Con todo, ser santo, no parece en estos tiempos algo fácil, y más difícil parece ser ayudar a que otros lo sean. Entonces me cabe una pregunta, ¿es necesario que yo ayude a los demás a que caminen por sendas de santidad? Yo pienso que sí, como nos dice Jesús: “Vosotros sois la sal de la tierra. Más si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Ya no sirve para nada más que para ser tirada afuera y pisoteada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte. Ni tampoco se enciende una lámpara y la ponen debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.”⁵ Es así como corregir, aconsejar, dar buen ejemplo, orar mucho, sacrificarme para que todas las obras de los hermanos lleven la luz de Dios y testimonien su participación en la divina naturaleza, para que viendo todos sus frutos buenos se den cuenta, de que Dios está en ellos, ya que, conociendo el árbol por sus frutos,⁶ no pueden nacer de árbol malo, si son buenos, sino de la luz.

² Cfr. Mt 14, 30-31

³ 1Tes 3,12-1)

⁴ 1Tes 4,4-7

⁵ Mt 5, 13.14

⁶ Mt 7,18

A saber, hay dos elementos fundamentales que constituyen la esencia de toda santidad: el despojo de sí y la unión con Dios. Se los encuentra siempre bajo los más variados matices de la vida de los santos. En una Carmelita ese aspecto negativo reviste la forma de una separación absoluta. El Carmelo es el desierto, Dios solo. A solas con Él. Pero entre las almas carmelitanas cada una vive a su modo esta doctrina de la “nada” de la criatura y del “Todo” de Dios, que tanto gustaba a san Juan de la Cruz.

El Camino de Teresa de los Andes

Está claro que la persona que busca la santidad debe tener un profundo deseo de ser santo y sabe que con la ayuda de Dios todo es posible. Este camino, en palabra de Santa Teresa de Jesús, hay que tomarlo con "determinada determinación". En efecto, esta determinación es algo serio. Esto supone una vida de amor a Dios y es aceptar el regalo de la santidad que Él te hace.

Teresa de los Andes desde pequeña tuvo dentro de su plan de vida el ser santa, estaba determinada a lograrlo. Así lo demuestran sus escritos en su Diario y cartas.

Quiero ser santa.

Es el 14 de agosto de 1917, Juanita tiene ya cumplido los 17 años y hace una semana ha participado en un Retiro. Ahora es tiempo de recoger los frutos que le dejaron esos momentos de soledad. Escribe Juanita:⁷

“Sentí un poco de vanidad, pero la rechacé y se lo dije a Jesús, preguntándole qué debía hacer para no sentirla. Entonces me dijo que El me daba su gracia para que fuera buena, y no apareciera mala como lo soy en realidad.”

“Siento tan difíciles de cumplir mis propósitos, pero Jesús me ha animado poniéndome ante mi vista su rostro despreciado, humillado. Le pido que me dé fuerzas.”

“Quiero desde hoy ser siempre la última en todo, ocupar el último puesto, servir a los demás, sacrificarme siempre y en todo para unirme más a Aquél que se hizo siervo siendo Dios, porque nos amaba. No me disculparé jamás, aunque sea injusto.”

“Haré todas las cosas lo mejor que pueda por agradar no a las criaturas sino a Dios. Amaré las criaturas por Dios, en Dios y para Dios. Viviré constantemente en ese espíritu de fe. No despreciaré ninguna ocasión para humillarme y para mortificarme. Cumpliré a cada instante la voluntad de Dios.”

“Creo que en el amor está la santidad. Quiero ser santa. Luego me entregaré al amor, ya que éste purifica, sirve para expiar. El que ama no tiene otra voluntad sino la del amado; luego yo quiero hacer la voluntad de Jesús. El que ama se sacrifica. Yo quiero sacrificarme

⁷ Diario 30. Quiero servir a los demás, ser santa

en todo. No me quiero dar ningún gusto. Quiero inmolarme constantemente para parecerme a Aquél que sufre por mí y me ama. El amor obedece sin réplica. El amor es fiel. El amor no vacila. El amor es el lazo de unión de dos almas. Por el amor me fundiré en Jesús.”

Le escribe Teresa a Elena Salas González;⁸

“¿Qué te parecen mis proyectos? ¿No encuentras que son demasiado ideales para mí que soy tan miserable? Cuando pienso en las grandezas que se encierran en la vocación me confundo y no sé cómo agradecerle a Nuestro Señor el haberse fijado en una criatura tan ruin..... Si Dios a cada instante se nos da con amor infinito, ¿no nos corresponde a nosotros, criaturas miserables, darnos a Él con todo nuestro ser, de modo que todas nuestras obras vayan dirigidas a Él con toda la intensidad de amor de que somos capaces? Ofrecernos a Él con amor para cumplir su adorable voluntad, he ahí el plan de santidad que concibo. Dios es amor, ¿qué busca en las almas sino amor?”

Más adelante escribe a la Madre Angélica Teresa, desde su lugar de descanso el fundo san Pablo al sur de Santiago el 22 de enero de 1919;

“Leí las Constituciones y Reglas. Sólo confío en Dios podré observarlas perfectamente, pues ellas encierran un plan cumplido de santidad.”⁹

Al Padre José Blanch, C.M.F., desde el mismo lugar de descanso el 3 de febrero de 1919:

“Todas estas consideraciones que le hago, Rvdo. Padre, son las que me inducen a preferir el Carmen, pues creo que en esta vida he de alcanzar la santidad. La he escogido porque veo que, escogiéndola, he de encontrar la cruz; y andaría -creo- todo el mundo con la gracia de Dios para buscarla y poseerla, pues en ella está Jesucristo.”¹⁰

En una carta a su madre ya en el convento de Los Andes el 4 de julio, 1919:

“Aprovechemos para enriquecernos el momento de la comunión. Bañémonos en esa fuente de santidad y pidámosle el mundo entero de las almas, porque no nos sabrá decir que no.”¹¹

En una carta a su hermana Rebeca desde el convento, el 12 de julio de 1919 (Un día antes de su cumpleaños):

“Me faltan palabras, hermanita, para expresar la dicha divina que experimento. Siento al Infinito, al Eterno, al Santo todopoderoso, al sapientísimo Dios, unido con la nada pecadora.

⁸ Carta 40. A Elena Salas González

⁹ Carta 52. A la Madre Angélica Teresa

¹⁰ Carta 58 Al P. José Blanch, San Pablo, 3 de febrero de 1919

¹¹ Carta 113 A su madre, Los Andes, 4 de julio, 1919

Entonces adoro y más amo. Entonces es cuando el alma se siente pura. Está en la fuente de la santidad.”

“Amémosle, hermanita, porque su bondad y su misericordia son infinitas. ¡Cómo ante ese amor desaparece el nuestro miserable, que no sabemos hacer el más leve sacrificio por nuestro Dios, después que nada nos ha rehusado desde una eternidad! Aprovecha, hermanita, esos instantes para hacerte santa. Fíjate que estamos unidas enteramente a la santidad infinita. Pídesela. ¿Qué te podrá negar cuando está loco de amor por ti, ya que se ha reducido a hostia o nada para llegar hasta ti? Pídele que lo conozcas y que te conozca.”¹²

Al Padre Artemio Colom, S.J., desde el Convento del Espíritu Santo, el 20 de julio de 1919:

“Mis esfuerzos todos se dirigen a ser una santa carmelita, y creo que lo que Dios quiere de mí para alcanzar esta santidad es un recogimiento continuo: que nada ni nadie pueda distraerme de Él.”¹³

Pedro Sergio Donoso Brant

www.santateresadelosandes.cl

¹² Carta 114 A su hermana Rebeca, 12 de julio de 1919

¹³ Carta 116 Al P. Artemio Colom, Convento del Espíritu Santo, 20 de julio de 1919